

Educación y cultura: un vínculo ineludible

Daniel Aarón Núñez Ramírez
Universidad Autónoma de Ciudad Juárez

DURANTE EL TRANSCURSO DE LA EXISTENCIA, los humanos adquirimos saberes, conocimientos, tradiciones, costumbres y formas de vida por medio de la indagación personal y la interacción social. Esas relaciones establecidas en sociedad son indispensables para compartir y recibir información que ha resultado útil en la evolución humana y heredada a través de la cultura. Uno de los términos que puede causar mayor confusión es el de cultura: su concepción depende de la mirada del autor, el lugar en el que se estudia, la época en que se discute y de la corriente filosófica a la que se adscribe, provocando que sus significados alcancen lugares contrapuestos. Entre franceses y alemanes han discutido sobre la connotación de la palabra cultura en sus idiomas. Elsa Cecilia Frost, en su libro *Las categorías de la cultura mexicana*, muestra dos visiones que se confrontan para entender el concepto de cultura: por un lado, los pensadores franceses creen que la cultura está relacionada íntimamente con la civilización, ya que es considerada como la última fase del proceso cultural; por otra parte, los alemanes contemplan al término civilización como ofensivo, pues para ellos es tan solo una herramienta que contribuye a la adquisición del verdadero espíritu del pueblo alemán, su cultura.

Alejándose de las ideas propuestas por franceses y alemanes, Mosterín plantea una nueva mirada sobre la cultura. Una de las áreas que la filosofía revisa es la posible confusión que los términos provocan en el lenguaje y la comunicación, es por lo que el autor de la *Filosofía de la cultura* hace un análisis etimológico de la palabra cultura como primer intento por esclarecerla. Él comienza rastreando su origen hasta dar cuenta que proviene del verbo latino *colere* que significa *cultivar* y lo vincula con otros vocablos, argumentando que: “*agrum colere* significa cultivar el campo y *vitem colere* quiere decir cultivar la vid. La forma de supino *colere* es



cultum, y de ella proviene la palabra cultura”.¹ Por su parte, el adjetivo latino *cultus* señala la cualidad de los campos que se han cultivado, en sentido contrario se ha denominado incultos a aquellos que carecen de cultivo. La relación entre agricultura, el cultivo y lo *culto* se establece desde el estudio del latín para después ser utilizado en otras lenguas y sus diversos contextos, por ejemplo, la relación del cuidado del campo se ha transferido a las formas de cuidar de sí mismo, quien más procura su cuidado, puede ser denominado *culto*. Durante el siglo XIX, este término empezó a utilizarse para cualquier cosa, incluso para el ocio de las clases altas; esto último es lo que agota la posibilidad de comprender el concepto tan solo desde su etimología, requiriéndose una revisión antropológica de la cultura.

La sociedad juega un papel inevitable en el desarrollo y la transmisión de la cultura; para Mosterín, la herencia cultural se comparte durante la interacción social y no por medio de la genética. En el desarrollo de sus ideas, explica que genéticamente el ser humano posee información para adaptarse a su entorno; no obstante, esta codificación es un proceso de adaptabilidad de miles de años y ha requerido que el humano compartiera datos con lo que las organizaciones sociales desarrollan estadios cada vez más complejos y duraderos. Por otra parte, la concepción de cultura alude a todas las actividades, valores e ideas

que se transmiten de persona a persona; es decir, en un aprendizaje social. La cultura se comparte a través de tres tipos de información: la descriptiva, configurada por los datos adquiridos del entorno; la práctica, referente a las habilidades que el ser humano busca desarrollar para subsistir; y la valorativa, entendiéndose como la escala de axiomas que son requeridos para convivir. El aprendizaje de las actividades sociales es importante para que los aspectos culturales prevalezcan así la imitación es una forma de conseguir la apropiación cultural; la otra opción para transferir mensajes entre seres humanos es la enseñanza cultural.

La educación no solamente hace referencia a los procesos áulicos como parte del desarrollo del individuo: considera también diferentes escenarios como lo son la escuela, la familia, los amigos y toda interacción social que el ser experimenta en cada etapa de la culturización. La educación funciona como medio para la transmisión de la información dentro de los diferentes grupos sociales y se encarga de contribuir en los procesos de formación para que los niños adquieran rasgos culturales propios de su comunidad. Para el enciclopedista Rousseau, desde el nacimiento, el niño presenta disposición para aprender debido a la falta de conocimiento del mundo, incluso sin conciencia de la propia existencia. Este filósofo señala que la educación durante las primeras etapas de

¹ Jesús Mosterín, *Filosofía de la cultura*. Alianza Universidad, Madrid, 2007, p. 16.



vida es la más relevante; asimismo, establece que las mujeres son las encargadas de otorgarla debido a su naturaleza genética para dar la vida y su posibilidad de generar alimento para los recién nacidos. El autor del *Emilio* enmarca a las mujeres como los personajes que más aparecen en los tratados de educación, es quizá esta configuración la que permite estereotipar en esferas sociales como la escuela, que las labores de la docencia les correspondan a ellas en su mayoría. Así, la primera configuración entre educación y cultura es desde la mirada de lo maternal. Esta etapa inicial es sin duda trascendental en la educación cultural del ser humano; sin embargo, existen posturas que critican las bondades de los procesos de transmisión de conocimientos y costumbres en los infantes, ya que predisponen los procesos de raciocinio a paradigmas heredados.

Esta condición del ser humano, que nace dispuesto a adquirir costumbres, conocimientos y valores, es lamentada por Descartes. Para él, estas ideas impiden la posibilidad de un razonamiento propio, ya que todas las formas de pensamiento son heredadas por las organizaciones sociales e impuestas mediante la educación, la costumbre y el ejemplo. Propone el individualismo a fin de llegar a un estado racional para que el hombre consiga escapar de la cultura con el objetivo de encontrar su propia razón. Estas ideas de una naturaleza humana, que son mostradas por pensadores

de la escuela cartesiana, no consideran la parte antropológica que Mosterín aporta y que hace énfasis en las diversas esferas sociales comprometidas con la evolución del ser humano. Es complicado imaginar en pleno siglo XXI la posibilidad de que los seres humanos se desenvuelvan desde su nacimiento sin la interacción entre la educación y la cultura. En este sentido, Herder considera que la razón es el fruto de las percepciones y hábitos con los que se ha educado el ser humano y afirma la importancia de la educación del género humano a través de una cadena de individuos. En un posicionamiento similar al de Mosterín, Herder propone que los humanos cuentan con una predisposición genética para la vida, sin embargo, necesitan de las interacciones sociales, de la educación y del aprendizaje para desenvolverse plenamente.

Como desde el inicio se ha establecido, la educación es un proceso de vida, una constante interacción social. Para Herder, el ser humano demanda una educación prolongada que le permita mantener una conexión espiritual y requiere generarse con amigos, docentes, familia y miembros de la comunidad. La relación con la mayor parte de la especie humana y el vínculo con la educación propicia en el hombre una adquisición de herramientas culturales que le permiten vivir plenamente. Parece entonces que, en todo el proceso de desarrollo de la especie humana, es inevitable una educación que



responda a las necesidades propias del humano, de las épocas y de sus sistemas sociales de interacción. La educación se convierte en dominio público; se heredan los prejuicios y las virtudes. Según Herder, el ser humano requiere de la cooperación de los individuos en este entramado entre la educación, el arte y la cultura como parte primordial para la existencia del género humano. Al final, la educación y la cultura tienen como última intención transmitir el humanismo a la propia especie.

El análisis de la cultura requiere una mirada que vaya más allá de posicionamientos clasistas y hegemónicos que solo entienden una visión del mundo. La definición de cultura que Mosterín aporta permite comprender que en las interacciones sociales por medio de la transmisión de información se consigue el aprendizaje de datos, habilidades y valores. La educación juega un papel ineludible en estos procesos, Rousseau y Descartes dejan claro que la infancia es un momento óptimo para la adquisición de costumbres, conocimientos e ideas que comunican cultura. Desde la visión de Herder, sería complicado que los individuos consigan la humanidad sin interactuar y aprender de otros in-

dividuos, por lo tanto, la educación es valiosa para el desarrollo de las personas. La educación es significativa porque los sujetos logran su humanidad por medio de la cadena de individuos con los que interactúa y la herencia de los que han participado previamente dentro de los sistemas sociales. Al final, la especie completa es la que se educa y no solo los individuos, ya que la enseñanza va dirigida a subsistir, a comportarse, a identificar lo benéfico y lo perjudicial, a propiciar el desarrollo, a buscar el progreso, a participar de la religión y a identificar la espiritualidad. Por lo tanto, la cultura es necesaria para la preservación y con ello reconocernos como seres humanos.

Referencias

GELLNER, Ernest, *Razón y cultura*. Síntesis, Madrid, 2005.

HERDER, Johann Gottfried von, *Ideas para la filosofía de la historia de la humanidad*. Losada, Buenos Aires, 1959, 701 pp.

MOSTERÍN, Jesús, *Filosofía de la cultura*. Alianza, Madrid, 2007, 179 pp.

ROUSSEAU, Jean Jacques, *Emilio o De la educación* (trad. José Marchena Ruíz de Cueto). Alianza, Madrid, 2019.

